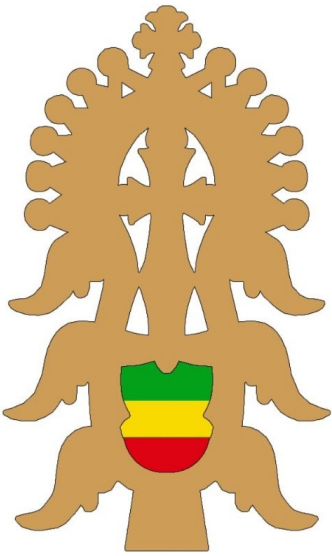




የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Third Sunday of Zemene Tsom (*The Season of Lent*)

Liturgical Readings:

Col. 2:16 – end; James 2: 14-end; Acts 10: 1 -9

Psalm 69:9-10;

John 2:12—end

The Anaphora of Our Lord

El celo por la Casa de Dios

«Porque el celo de tu casa me ha consumido, y los agravios de los que te afrenta han caído sobre mí» (Salmo 68:9–10).

Amados en Cristo, que la gracia y la paz sean con vosotros de parte de nuestro Señor Jesucristo. Hoy, el salmista nos invita a contemplar una intensidad divina, un fervor santo que consume el alma cuando se profana el honor de Dios y lo sagrado es ultrajado. Estos versículos nos recuerdan no solo el celo por la Casa de Dios, sino también la profunda responsabilidad de quienes habitan en Su presencia de defender la santidad del culto y la pureza de la devoción.

En el Antiguo Testamento, el culto a Dios se estructuraba en torno a dos instituciones relacionadas pero distintas: la Sinagoga y el Templo. La Sinagoga servía como lugar de enseñanza, oración y estudio, donde el pueblo de Dios aprendía Su ley y se animaba mutuamente en la rectitud. El Templo, sin embargo, era la morada del Omnipotente en Jerusalén, el santuario sagrado donde se ofrecían sacrificios y se manifestaba la majestad divina. Mientras la Sinagoga nutría mente y corazón, el Templo requería reverencia, temor y un celo digno de la presencia del Altísimo. Es en este Templo donde nuestro Señor Jesucristo entró, movido por justa indignación ante la corrupción que había penetrado en él.

Como relata Juan, Jesús entró en el Templo y encontró comerciantes y cambistas trabajando en él. Con autoridad terrible y justa, volcó sus mesas y los expulsó, diciendo: «No hagáis de la casa de mi Padre una casa de comercio» (Juan 2:16–17). Este acto revela el principio del salmista: el celo por la casa de Dios es un fuego que consume, una llamada a defender Su santidad incluso ante la complacencia humana o el lucro. Las afrentas dirigidas a Dios—deshonra, explotación, banalización de lo sagrado—cayeron sobre Él, porque soportó la indignidad de quienes profanaban lo divino.

El celo de Cristo no se limitó a la indignación. Estaba inseparablemente unido a Su misión de proclamación y liberación. Después de comenzar Su ministerio en Galilea y Nazaret, en sábado fue al Templo y se levantó para leer. Se le entregó el libro del profeta Isaías, y proclamó: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para predicar el evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos» (Lucas 4:18). Después de devolver el rollo y sentarse, todos los ojos estaban sobre Él y la gente se maravillaba de sus palabras. Declaró: «Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros» (Lucas 4:21).

En los Hechos de los Apóstoles vemos la continuación de este celo en Cornelio, «hombre piadoso que temía a Dios con toda su casa» (Hechos 10:2). Su oración y reverencia prepararon la visita divina, demostrando que Dios honra a quienes cultivan santidad y piedad. La Epístola a los Colosenses nos recuerda que las tradiciones humanas y las observancias superficiales no sustituyen la verdadera vida en Cristo (Colosenses 2:16–23).

Santiago añade: la fe sin obras está muerta (Santiago 2:14–26). El celo de Cristo en el Templo no era solo indignación, sino amor activo: fe hecha visible en acción, defensa del honor de Dios, servicio a los afligidos y confrontación de la injusticia. Cristo también dijo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan 2:19), refiriéndose a Su cuerpo y a la redención de la humanidad.

Amados, el clamor del salmista—«el celo de tu casa me consume»—se cumple plenamente en nuestro Señor. Estamos llamados a imitar este celo santo, a defender la santidad de la casa de Dios en nuestra vida, comunidades y liturgia. Que nuestro celo sea guiado no solo por la indignación, sino por el amor y el Espíritu que ungió a Cristo para Su misión. Que nuestra fe sea activa, nuestra devoción tangible, nuestro culto sincero y nuestras vidas un templo vivo donde habite el Señor.

Que el Señor nos conceda tal celo, consumiendo y santificando, para caminar en rectitud, honrar Su casa y proclamar el Evangelio con valor, misericordia y devoción, hasta el día en que Le veamos, el verdadero Templo, en la plenitud de Su gloria.

Amén.